

# OROSPEDA

REVISTA QUINCENAL

CIENCIA \* LITERATURA \* ARTE

Año I

Murcia 15 de Diciembre de 1916

Núm. 2

## El Árbol de la Virgen

LA ciudad estaba rodeada de una hermosísima huerta, circunscrita por altas sierras descarnadas. Esta desnudez de la montaña fué triste resultado de una secularmente pésima administración, agravado el mal en la primera mitad del siglo XIX, siglo llamado de las luces, y que los españoles hubieran debido denominar de la obscuridad, pues desde su principio se fueron apagando los reflejos que enviaban á la metrópoli sus ricas y vastas colonias, tanto que a los comienzos del siglo siguiente pudo decir nuestra patria aquello de

ayer maravilla fui  
hoy sombra mía no soy.

De esa ciudad dijo en galanos versos un matemático, político y poeta, don Lope Gisbert, que era

«de campo y huerta preciada labradora  
Que crías en el seno de tu región feraz  
La delicada seda, la vid embriagadora  
La hespéride manzana, la palma triunfadora  
El lauro de la guerra, la oliva de la paz».

A seis kilómetros de la ciudad, en la ladera de la sierra y a cien metros de altura sobre el llano, se alza una ermita con honores de iglesia, donde reside habitualmente la patrona del término municipal, Nuestra Señora de... El título no hace al caso.

No sin contradicción se otorgó á la Santa Imagen tan elevado rango, pues para su

triunfo mediaron luchas y disgustos, y aun el vencimiento ocasionó el olvido de una antiquísima efigie de brillante historia. La arqueología perdió con ello, pero como los homenajes tributados en la tierra no se detenían en la escultura, sino que llegaban al cielo, no eran perdidos los modernos así como tampoco se perdieron los antiguos.

Para celebrar la fiesta de la Virgen, la imagen había sido transportada a la capital y en los primeros albores de aquel día se emprendió la conducción a su ermito, y volvía triunfadora de los elementos, por que en aquellos días una abundante lluvia había lavado y saneado los cauces de la huerta, que antes envenenaban el ambiente con mefíticas emanaciones. Los árboles también mostraban su verdor de diversos matices, con hojas limpias y brillantes, gracias al agua del cielo, y los pulmones recibían ansiosos la frescura de la brisa matinal, fatigados por el caliginoso y polvoriento aire estival que habían respirado durante los dos largos meses anteriores.

Al salir la imagen de la Catedral atronó el espacio un repique ensordecedor de campanas, al que hicieron coro todas las iglesias y se prolongó sin que mermase su intensidad, mientras no llegó la comitiva al campo. Acompañaban á la Virgen el clero, las cofradías y multitud de devotos con hachas encendidas, que fueron rezando todo el camino, mientras grupos de muchachos con verdes cañas, cantaban, saltaban y alborotaban. Los exploradores daban guardia de honor, y seguían numerosísimos carres, tartanas, carruajes y automóviles con las familias que iban a acompañar a la Virgen, sin sufrir la molestia de la larga caminata.

Por fin al empezar a subir la cuesta de la

sierra, los gritos de ¡Viva la Virgen!, las músicas, el estruendo de los cohetes y tracas énsordecía el aire y ya el sol ardiente iluminaba la escena, dándole brillo y hasta haciéndola deslumbradora. Varios de los acompañantes de la Virgen se descalzaron y otros, hombres y mujeres, ya por gratitud y como cumplimiento de una promesa, ya para alcanzar algún beneficio para sí o para los suyos, subieron la cuesta de rodillas, las que estaban en carne viva al llegar á la ermita.

La ladera hasta el pié de la cuesta, aparecía formada por breñas y riscos con un pobre tapiz vegetal, pero abundante en variedad de especies y donde herborizaba hace más de medio siglo el ilustre naturalista don Angel Guirao con sus discípulos del Instituto. Allí acompañé en mis mocedades al sábio botánico Mauricio Willkomm, el autor del *Prodromus Florae Hispanicae*, y le presenté a nuestro llorado pintor Rosales, que vino a agonizar en Murcia. Allí se ve la cueva llamada de la Cómica, famosa actriz de principios del siglo XIX, que dejando las galas y los aplausos escénicos, fué a hacer vida de penitencia, para conquistar láuros eternos.

Pobre es el arbolado de aquella ladera y que sólo sirve para recordar el mucho que podía y debía haber. Algún pino carrasco que vegeta en un peñón de amarillenta y blanda arenisca miocena, varios algarrobos, alguna acacia, y... ¡pare V. de contar!

El pié de la sierra estaba formado por depósitos de la montaña, que alcanzan en muchos puntos a varias docenas de metros de espesor y en el que viven extensos olivares. El de la Virgen podrá tener hasta diez mil olivos, que se distinguen de los que hay en las fincas colindantes por hallarse asaz desmedrados, cual si fueran ascetas que vivirán sólo para la oración y el sacrificio, y despreciaran lo temporal, buscando únicamente lo eterno. Eso parece, y sin embargo no es, como otras muchas cosas que vemos en el mundo, y de que nos damos cuenta completamente errada.

El pueblo, al dejar a la Virgen en el santuario, invadió el olivar y a la sombra de cada olivo se instaló una familia, que había

sacado las provisiones del vehículo que llevó. Daba muerte y pelaba las aves; con dos piedras improvisaba una hornilla, circuló la bota de vino a los sones de la vihuela, y la gente se dedicó al baile para abrir el apetito aun más que lo estaba. Consumidos los manjares, hubo quien, en medio del incesante murmullo de colmena, durmió la siesta, se bailó más, y..... todo eso está muy bien, y lo aplaudimos, pero lo malo, pero muy malo, pésimo, fué el final. Hasta entonces las diversiones habían sido propias de un pueblo civilizado, pero después...

Por la tarde comenzaron a hacerse los preparativos para el regreso a los respectivos hogares, a horas distintas, según la distancia a que se hallaba de ellos cada familia, e indefectiblemente todos los individuos que la formaban empezaron a arrancar, para llevarse como recuerdo, ellas ramas de olivo de un palmo o dos que prendían en el pecho, pero el lujo era que tuviesen el mayor número de olivas posible. Ellos también llevaban ramas de media vara, y no pocos muchachos las desgajaban tan grandes que sólo arrastrando podían transportarlas. Enseguida había que adornar los dos mil carros y para cada uno cortaban veinte ramas, y otras para fijarlas en los varales y en el aparejo y en la cabezada de la mula ó del burro, y se arrancaban en tanta abundancia que se veía el suelo sembrado de las sobrantes, y los pobres olivos de la Virgen quedaron destrozados, apareciendo después como holgazanes que no querían dar fruto, cuando habían sido víctima de un salvaje despojo.

Por rara casualidad hubo un alcalde que se avergonzaba de la añeja costumbre, más comprendió que no disponiendo de diez mil guardas municipales para colocar uno al pié de cada árbol, ni de cárcel suficientemente amplia para encerrar a los millares de personas que se resistieran a pagar la multa, se debían emplear otros medios y pensó que cuando otra vez se llevaran a la Virgen, haría fijar en cada olivo una breve alocución que dijera así:

«Cortar sin necesidad ramas de un árbol, aun cuando sea propio, es censurable, pero cortarlas a un árbol ageno es un delito castigado en el Código penal, y que sólo co-

meten las personas incultas, los criminales y los malvados.

Si el que se llama católico destroza la propiedad de un santuario, comete además un sacrilegio, y en todo caso es merecedor de duro castigo y de la censura de los hombres dignos de tal nombre. Ciudadanos, sé

que entre vosotros no habrá quien sea capaz de cometer tan villana acción».

¿Dió resultado la proclama del digno alcalde? Cuando lo sepa te lo referiré, estimado lector.

R. CODORNIU.

# PLÁGIOS



## LOS REYES SE DIVIERTEN.

No me refiero á los reyes de verdad; á los reyes coronados; ni aún á los que á la hora de ahora tienen la Corona en entredicho... ¡Pobrecitos reyes! ¡Les ha llegado el minuto trágico! Ese minuto que según dicen los versados en estas cosas, nos llega siempre, una vez en la vida...

No, no me refiero á ellos. Hablo de los reyes de la pluma; de los artífices máximos del *metier* literario.

¿No se os ha ocurrido alguna vez? La cantidad fabulosa de libros que se publica mensualmente en los grandes mercados literarios—y ahora, en plena tragedia internacional la producción ha disminuido enormemente—esa masa aplastante de papel impreso, que sin entrar en el terreno científico representa millares de novelas, de *plaquettes* de versos, de obras dramáticas etc... hace pensar hasta al más indiferente, en el crecido número de escritores que como las mariposas, se alimentan libando el jugo de las flores en los jardines del prójimo.

Y la ola crece de tal modo, que la originalidad va siendo rarísima cualidad reservada á los elegidos. En el día, casi todo lo que se produce nos trae á la memoria reminiscencias de ya olvidadas lecturas y origina en nosotros impresiones casi familiares de puro conocidas. Y no se diga que son imitaciones de escuela ó de estilo las que nos hacen recordar á otros autores y á otras obras—que esto es natural y lógico que ocurra—no, lo son de tipos, de situaciones y aún de escenas completas.

Y es difícil, aunque se haga muy hábilmente—salvo contadísimos y excepcionales casos—que la imitación atesore la frescura, la gallardía y en general la inspiración que encierra el modelo imitado; ¡tan verdad es que se puede imitar el ingenio pero no el sentimiento!

Razón tiene Tolstoi cuando escribe: «Todas las imitaciones recuerdan al espectador ó al oyente vagas memorias y emociones artísticas producidas por otras obras, pero jamás pueden transmitirnos los sentimientos mismos del artista; este nos transmitirá sentimientos que le fueron transmitidos á su vez, y su obra será un reflejo de arte, no arte.»

Ahora bien, los escritores y los artistas altos ó bajos sobre los que pese la acusación de imitar ó plagiar á los demás, pueden sonreirse burlescamente, encogerse de hombros y hasta lavarse las manos con la misma desfachatez que lo hizo Pilatos. Los *inmortales* ¡ay! desde nuestro abuelo Homero han pecado, pecan y según todos los oráculos seguirán pecando en el porvenir.

Maurice Duhamel citaba hace ya tiempo en «La Chronique» algunos casos conocidos y no menos graciosos de autores célebres que han plagiado con el mayor cinismo á sus colegas el fondo y á menudo también la forma de sus obras.

Es ya cosa olvidada de puro sabida que Virgilio tomó versos enteros de Ennius; Shakespeare sacaba escenas de autores poco conocidos, aunque fuesen contemporáneos, y Molière hacía lo mismo. El primero explicaba sus plagios diciendo que «había sacado perlas de un estercolero» y la frase «el estercolero de Ennius», se ha hecho proverbial. El dramático inglés se justificaba en estos términos: «Esta escena es una hija que yo he sacado de la mala sociedad para hacerla entrar en la buena». En cuanto á Molière, escribía con un adorable desahogo: «Tomo el Arte donde lo hallo». Ahí está Plauto con su *Aulularia* y su *Amphytryon*, para no dejarnos mentir. Las comedias plautenses tentaron también la ambición de Dryden y Addison en Inglaterra y la de Lessing en Alemania.

La divisa de Molière que sería genial si no fuera cínica, fué aceptada por gran número de escritores célebres. Corneille inició el teatro independiente francés con la tragedia el «Cid» que fué un plagio de Guillén de Castro. Muchas obras de Cervantes son imitaciones muy transparentes: «La fuerza de la sangre» está inspirada en la «Hecyra» de Terencio. Existen pruebas de plagios descaradamente hechos por Racine, Voltaire, Lamartine y otros mil—para convencerse sin grandes desvelos no hay más que hojear la *Poética* de Campoamor—que á pesar de ser águilas del pensamiento, no han podido resistir al deseo de «sacar hijas de la mala sociedad para hacerlas entrar en la buena».

Los casos se multiplican y crecen como la yedra en un viejo muro.

La dolosa de Campoamor «Pobre Carolina mía» la plagió el poeta italiano Panzacchi y ha sido recientemente traducida por un catedrático barcelonés, ¡que no la conocía!... Blasco tomó el asunto de su monólogo «Callad, que no se despierte» de una poesía de Selgas, contenida en el volumen de «Flores y Espinas». Núñez de Arce desarrolló en estrofas parnasianas pensamientos é imágenes de Victor Hugo. El gran Eça de Queiroz, el sugestivo hechicero, admirado y admirable, no se olvidó al escribir su «Reliquia» de «Las Memorias de Judas» de Pietro della Gatina. Nuestro pulcroso estilista, el benedictino don Ramón del Valle Inclán, con «gentil compás de piés» y armado de afiladas tijeras, raja, recorta, cercena y hace tiras las «Memorias» de Casanova como gráficamente lo demuestra Casares en el picante Estudio que en un libro reciente, dedica al ilustre carlista de las Sonatas.

Debe de existir sin duda en el alma de algunos artistas un poder, mejor dicho, una acometividad inexplicable y misteriosa que turbe el sosiego de sus espíritus y les lleve á tomar de otros lo que no les pertenece, aunque sea con el laudable propósito de sacar perlas de un estercolero como Virgilio. Porque no es la noble aspiración de vestir ideas viejas con ropitas nuevas; no, de lo que se trata es de trasladar, con un servilismo escandaloso la materia y la forma toda, con sus perfiles y contornos. Y es muy interesante el fenómeno. Para qué quiere vestir plumajes ajenos, el que puede lucir bellísimas plumas, de irisados colores, agarradas á su propia piel?



Entre los músicos se dán también coincidencias verdaderamente espantables.

Aquellas inspiradas frases de «La Bohème» de Puccini,

*«Una terribil tosse*

*l'essil petto le scuote»*

parafraseadas en «Curro Vargas» ocasionaron al malogrado maestro Chapi una verdadera

odisea. ¿Y la manoseada melodía del prelude del tercer acto de «El Anillo de Hierro»? ¿No os acordáis?

*Ven Roberto, ven por Dios*

La oireis á diario ejecutar (en la acepción penalista del vocablo) por nuestras más perseverantes pianistas; y bien, está tomada casi literalmente de un duo del *Orfeo* de Gluk. ¿Y las catilinarias que le disparó un crítico en un rotativo madrileño al eminente maestro Pedrell por sus folletos sobre la música alemana, que eran, al decir del preopinante, casi una traducción libre de Ricardo Wagner?

Consideraciones muy opuestas se le ocurren al observador en algunos de estos casos verdaderamente interesantes y dignos de estudio prolijo. Bien está que se imite y hasta que se merodée en la hacienda del vecino, pero; por Dios, no tanto...! ¿Cómo comprendéis que D'Annunzio, la abeja lírica, el divino buceador de sensaciones, mordisqueé á hurtadillas la propiedad del prójimo, como un ratoncillo el queso?

Va á ser necesario modificar la vieja máxima irónica y decir: Si la palabra es el Arte de ocultar el pensamiento, el Arte á su vez es el conjunto de reglas que enseñan á robar con todo esmero y aseo el pensamiento ajeno.

Claro es que hay muy pocas cosas nuevas que decir; ya en el siglo XVII lo declaraba La Bruyère en el capítulo primero de los «Caracteres» *«Tout es dit; et l'on vient trop tard depuis plus de sept milleans qu'ilya des hommes et qui pensent.»* Si, todo está dicho y todo está sentido. Desengañémonos: toda esta jerigonza de la sensación nueva, de las armonías del silencio, de la musicalidad de los aspectos, de las caricias que debemos buscar en otros cielos, y otros bellos tanteos tan peregrinos como esos, son torturas que se han refugiado y han vivido en cerebros atormentados y decadentes, como la hiedra en las grietas. Balart lo ha expresado con elocuente concisión!

«Lo que nadie ha sentido, nadie lo siente»

¡No se puede decir con más novedad ni en menos palabras!

Creo por otra parte que aunque todo esté dicho, la novedad está en que cada uno lo diga y lo sienta á su manera; hoy que se proclama por algunos apóstoles, de las ideas literarias elevadas, la universalidad del Arte, al artista que se encuentre con fuerzas para crear nueva materia artística, le debe ser permitido no solo beber su inspiración en las obras maestras de Arte de todos los países, sino imitar esas mismas obras, sin detenerse ante otro temor que el de conocer si lo que se imita es ciertamente digno de ser imitado.

Pero, en verdad, son muy pocos los artistas que no abusan de esta libertad; muchas veces el maldito deseo de invadir campos de acción que se extienden fuera de nuestro humilde vallado, y la vanidad de exhibir una universalidad de conocimientos que no consiente la brevedad de la vida. ¡ay! nos pone en ridículo. De ello puede dar fe nuestra insigne doña Emilia, que cada vez que intenta nuevas aventuras y celadas, se expone á un plebeyo manteamiento. ¿No tiene la Pardo Bazán perfectamente definido su carácter literario y triunfa sin esfuerzo con sus encantadores cuentos y novelas? ¿Para qué se dejó seducir por el ángel malo de la ambición y cayó en el inocente lazo de escribir un *Estudio* sobre la novela y los novelistas rusos, á quienes á penas conocía? ¿Creyó con eso acrecer su fama? El castigo merecido no se hizo esperar: Icaza, en su «Examen de críticos», demostró que nuestra meritisima escritora, hizo su excursión por la etapa rusa, del brazo del académico francés recientemente fellecido Melchor de Vogüe, que es un excelente *cicerone* pero ¿qué más? D'Annunzio, nada menos que D'Annunzio, el artista supremo de la raza, la más pura gloria de sangre latina, saquea, con una frescura siberiana á Maeterlinck, á Flaubert, á Maupassant y á *tutti altri*. Leed estas muestras, entre otras que cita Cauchois y haceos cruces:

«Les marchands d'Alexandrie naviguent les jours de fête sur la rivière de Canope et boivent du vin dans des calices de lotus.»

(FLAUBERT: *La Tentation de saint Antoine*, p. 10.)

«Le secret que tu voudrais tenir est gardé par les Sages. Ils vivent dans un pays lointain, assis sous des arbres gigantesques, vêtus de blanc et calmes comme des dieux. Un air chaud les nourrit. Des léopards tout à l'entour marchent sur des gazons. Le murmure des sources avec le hennissement des licornes se mêlent à leur voix...»

FLAUBERT: *La Tentation de Saint Antoine*, p. 74.

«Les prisonniers qui entendent  
faucher l'herbe dans le jardin  
de la prison... ils sont pâles  
comme des malades  
qui écoutent pleuvoir  
sur le jardin de l'hôpital»

(MAETERLINCK *Serres chaudes*.)

«La peau de satète semblait couverte d'un duvet vaporeux, comme le corps d'un poulet plumé qu'on va flamber. Il semblait n'avoir jamais eu d'autre barbe que'une brosse de courtes moustaches une pincée de poils raides sous la lèvre inférieure. Il avait cet œil vif qu'ont les gens-tracassés par des inquiétudes légitimes et les bêtes souvent traquées...»

(GUY DE MAUPASSANT: *L'Ane*.)

«...Levesque, ayant pris une chaise, lut demanda:

—Alors, vous venez de loin?

—J viens d' Cette.

—A pied, comme ça?

—Oui, à pied...

—Ousque donc vous allez donc?

—J'allais—t'ici...

... Il mangeait lentement, bien qu'il fût affamé, et il buvait une gorgée de cidre après chaque bouchée de pain.

Levesque lui demanda brusquement:

—Comment vous vous nommez?

Il répondit, sans lever le nez:

—Je me nomme Martin...

—Etes—vous d'ici?

Il répondit

—J suis d'ici.

(GUY DE MAUPASSANT: *Le Retour. Ivette*, p. 190-191.)

I nitidi mercanti Alessandrini  
profumati di cinnamo e d'issopo  
bevean sulla riviera di Canopo  
nei calici del loto, i rosei vini

(D'ANNUNZIO: *Ballade des dames sur le fleuve*.)

L'hanno in custodia i Saggi. A  
l'ombra d'un arbore immensa  
candidi nelle vesti, placidi come iddii,  
vivono. Un' aria calda li nutre.

Su l'erbe d'intorno rapidi i leo  
pardi piegano i dorsi gai.

Il mormorio dei fonti, il sussurro  
dei rami, il sommesso fremito  
de la belve mescesi alle parole.

(D'ANNUNZIO: *Elegies romaines*, p. 17.)

I prigioneri tssale  
un' ansia: falci lente  
falciano l'erva nuova,  
à la prigione intorno.  
Gli infermi inclina el giorno  
pallidi sul guanciaie,  
ascoltano la piova  
battezra dolcemente  
l'orto dell' ospedale

D'ANNUNZIO: (*Les Tristesses inconnues*.)

«Son crâne était couvert d'une sorte de duvet semblable à celui d'une oie grasse toute plumée et qu'on va flamber. Il portait des moustaches dures et taillées comme une brosse. Ses yeux ronds, vifs et mobiles trahissaient une inquiétude incessante, comme ceux des bêtes traquées...»

(D'ANNUNZIO *La Fattura*.)

... A la fin, Verdura domanda:

—De quel pays venez—vous?

—Je viens de loin.

—Et où allez—vous?

—J'allais ici...

Turlendana mangeait ses poissons un à un. Après chaque poisson, il buvait une gorgée de vin.

—Comment vous appelez—vous

—Je m' appelle Turlendana.

—Comment...?

—Turlendana!

—D'ici...

(D'ANNUNZIO: *Novelle di Pescara*, p. 434-435.)

Oh, *il bel capitano!* ¡Oh, el egregio *bersagliere!* ¿Qué dirá á esto su adorador Marietti, el apostol del futurismo, el inquieto anarquista lírico, el de *Les dieux s'en vont*, *D'Annunzio reste?*

Observo verdaderamente compungido, que este articulejo va teniendo cierto saboreillo de eruditismo *bon marché*, cosa deleznable y mal oliente, y de la que quiero huir ¡Dios sea loado! como del fuego, cuando se me viene á las mientes una máxima graciosísima que leí no sé dónde. Decía así, á secas: «Un erudito es un hombre que lleva sobre los hombros muchísimas cabezas excepto la propia».

Confieso, sin ruborizarme, que prefiero mi cabeza, por vacía que esté, á las de todos los demás y me retiro humildemente por el foro...

ENRIQUE MARTÍ.

## EL SERVILISMO EN MÚSICA

### Notas de un profano

«Lo que no sea música es literatura» dijo el sombrío Verlaine.

Y yo lo creo, no tanto por el acierto doctrinal de la frase como porque sirve á maravilla para justificar la audacia de quien siendo tan incompetente cual yo, viene á entrometerse en esta difícil y peligrosa cuestión de la música literaria, imitativa de literatura, o como quiera llamarse al descabellado parto de algunos modernos compositores, demasiado altivos para someterse á los principios inmutables del Arte.

En los actuales tiempos se invaden las artes recíprocamente, apropiándose unas, los elementos expresivos que á otras corresponden. Nunca como ahora ha sido la pintura tan profunda y sentimental, uniendo la perfección posible de plasticidad al misticismo *literario* que en los lienzos del Greco predomina. Y la literatura moderna persigue afanosa nuevos ritmos y musicales cadencias, que penetren la tosca corteza con que el naturalismo ha cubierto la sensibilidad dormida del lector.

Lo que nunca he podido comprender es el afán con que algunos músicos intentan imitar la palabra hablada, como ignorando que al hacerlo, descienden la dorada cumbre de su arte para hundirse en el cieno de un ambiente mezquino, vacilante y pobre.

Yo sabía cuán lastimosa es la pobreza de nuestras palabras, desde que me sentí torturado por la incoherencia de Ruysbroek, el divino filósofo salvaje, que venció su ignorancia de todo en su cabaña solitaria de Groenendael. Pero no me sentí poseído en la máxima plenitud de esta convicción hasta encontrarme ante el rostro de un loco, lleno de extraña luz, o ante las pupilas alucinadoras de un enfermo delirante. En ellos veis que su pobre expresión vulgar se rompe se despedaza, porque hay otra voz que pugna por salir. Y el delirante y el loco, sin terminar sus frases, enmudecen de súbito, como temiendo que la mezquina significación de su totalidad, mancille el sagrado impulso que hubo de iniciarlas.

Pero en sus soliloquios incomprensibles y absurdos, entre la desenfrenada promiscuidad de su verborrea, observad que algunas palabras luminosas, flotan misteriosamente. Flotan, igual que esos ténues hilos violados que aparecen danzarines en las crestas del oleaje, se sumergen luego y vuelven á emerger en temblores de luz, sobre el torbellino de las aguas negras y rugientes.

¡Pobres palabras! Vosotros los que escribís habreis de confesar que al dar forma a vues-

tros sentimientos, una voz interna os revela que todo no está dicho; que son muy pobres las palabras para expresar lo que, inevitablemente, debe quedar oculto. Y aún las obras literarias de mayor alcance, son rutas de idealismo; ved que su pequeña realidad tangible no es sino una mano que os guía y os abandona pronto en las divinas ambigüedades de lo inefable. No hago sino recordar lo que ya nos dijo la voz autorizada del gran Maeterlink.

Si belleza es todo aquello que afecta nuestra percepción de lo divino, nada tan bello como la música.

«El gran Arte del sentimiento» la llamó mi admirado paisano el ilustre Blasco Ibañez. Y en efecto, su purísimo lenguaje es la fiel imagen de ese otro sentido en lo más íntimo que nunca podemos expresar. Por eso, todos, los vulgares y los que han elevado su espíritu, reciben en la música, la mayor sensación de belleza, pues en ella perciben la anhelada forma de nuestra propia belleza inexplicable.

Recordad la milagrosa Sinfonía novena. ¿Quién, al escucharla, no ha sentido invadirse por un anhelo de santa y bondadosa alegría? Por el contrario, tiene Beethoven otra colosal sonata, la última que su genio produjo y cuyo manuscrito lleva este título conmovedor. «¿Es preciso? Es preciso, sí, es preciso.»

¡Delicado incensario de las melancolías más hondas! ella os envuelve desmayadamente; y sumidos en sus melodías de moribundas languideces, vais llevando en el dolor de la respuesta implacable: «Es preciso, sí, es preciso»...

Todo el encanto reside en su soñolienta vaguedad, en el alejamiento cada vez más remoto, de la expresión vulgar que con el uso diario envilecemos.

¿Qué no diríamos á quien, de tan sublimes regiones nos apartarse para arrastrarnos al fango de la villana palabrería? Acude a nues-

tra memoria una enérgica frase salida de los labios de Oscar Wilde, sin duda en un momento de simpática sinceridad. «Las artes no contienen más Arte que la música que contienen». Y esto bien pudiera ser un apóstrofe a los extraviados que creyendo depurar su arte, lo relegan a un rango secundario y lo reducen a una mera función traductora, que es inicuo pretender.

Straus y algunos músicos polacos son los que han acentuado radicalmente esta tendencia degenerativa; que, cuando no por otras causas, fuera censurable solo, porque imposibilita la redención artística del vulgo.

Este siente la Música cuando lo absorbe el misterio del ritmo, pero permanece en la más estúpida inadvertencia si se le confunde con ásperos tecnicismos, que ahuyentan la emoción libérrima.

Porque a pesar de la incultura, del analfabetismo y de la escasez mental, tiene el alma del vulgo no sé qué recónditos pliegues llenos de solicitud, de delicadeza; perfumados quizás en la rara esencia del atavismo.

Ante las fragancias musicales adopta un gesto de humilde vasallaje; más aún, de supremo abatimiento místico, que dijérase una momentánea efusión de esos sedimentos que en nosotros dejó la Edad misteriosa y sublime de la idolatría.

Pocas veces tienen ocasión de abrirse estos sagrados receptáculos de belleza. Cerrarlos para siempre sería tanto como recluir á aquella en un círculo estrecho, hermético, inaccesible; y si bien la belleza, una vez creada, aunque se la desconozca es fructífera, no es menos cierto que tal reclusión equivale a un renunciamiento, odioso para quienes la hemos ofrendado el tesoro de nuestra juventud, ¡la fragancia espiritual de nuestra prematura tristeza!

JOSÉ ALBERTO GUASP.



# Cuentos de "Oróspeda,"

## EL PRIMER MINISTRO

Érase un pequeño reino dado á las aventuras, y una época en que estas no se depa-  
raban a sus naturales; con que, menguadas  
las cosechas—de suyo miserables ya—por  
la sequía tenaz y otras landres tristísimas,  
el reino descaecía y amenazaba sucumbir.

El Rey,—un rey alto, cenceño, de grandes  
virtudes principescas—fruncido el entrecejo  
y los labios, cogidas las manos a la espalda,  
cabizbajo y poseido de imponente taciturni-  
dad, andaba por las lcnjas y claustros de  
su palacio bizantino, cavilando remedio a  
los males de la nación; pero ni él ni los más  
claros varones de su Estado, concebían so-  
lución para el problema.

Hubo que acudir al pueblo mismo. Los  
heraldos, esparcidos por doquier, reque-  
rían, según pasa en todos los cuentos se-  
mejantes a este, el concurso de los hombres  
avisados; y no pudiendo prometer para el  
acabador de semejantes angustias, mano  
alguna de infanta real, porque no la había,  
prometieron en cambio otras mercedes ape-  
tecibles por extremo.

Y acudía gente de todos los lugares, con  
propuestas diversas que un Tribunal de  
sacerdotes y doctores examinaba atenta-  
mente.

Hombres de varias cataduras departían  
al sol en la plazuela de una aldea costeña.  
Cada uno expuso su plan, pero ninguno  
valió gran cosa en el parecer de los otros.  
Y se fueron disgregando: el mesonero, a dar  
vuelta a su cocina; el escudero del conde, a  
rematar una encomienda que difiriera por  
entrometerse en la plática; el hidalgo remen-

dado, a ruar calles, igual que Teseo en el  
laberinto de Creta, siquiera las de la aldea  
pudieran contarse con los dedos de la ma-  
no; un can, en pos del hidalgo; un enjam-  
bre de moscas, en compañía del car. Que-  
daron solos, cierto anciano venerable, con-  
sumido de sabiduría y meditación y un sol-  
dado jovenzuelo de meollo vacío, de inten-  
ción doble y de condición atolondrada é  
impulsiva.

Estuvieron frente a frente sin hablarse,  
un gran espacio; al fin el viejo insinuó,  
balbuciendo, como una confidencia que la  
razón le mandaba recatar. El otro, como  
iban celadas las palabras, sintió un deseo  
vivo de que le fueran descubiertas en todo  
su sentido, y entonces el anciano llevó tra-  
bajosamente al jovenzuelo por una calleja  
angosta y por una cuesta pira, lindada de  
bardas. Penetraron en un caserón vetusto  
y subieron a la estancia más alta. Una ven-  
tana daba a la lejanía; el cielo terso besá-  
base con la bullente plata del mar. El beso  
parecía engendrar unos bajeles como ampos,  
que el viejo estuvo amargamente conside-  
rando buena pieza. Aquellos bajeles habían  
traído y llevado la fortuna de su patria, co-  
mo el viento, al henchirles los velámenes,  
los traía y los llevaba á ellos sobre las olas  
del mar.

El aposento era vasto. Estaba circuido de  
anaqueles y los anaqueles abarrotados de  
libros. Al centro, una mesa de grandes  
proporciones, un atril y un sillón. Varios  
volúmenes de pergamino, yacían en dife-  
rentes posiciones. El mancebo pasó sus  
ojos distraidamente por aquello.

Mientras tanto, el viejo acudió á desplegar unos rollos y poner de manifiesto escritos de diversa naturaleza. Hizo seña á su acompañante, y abocados los dos sobre el laberinto de mamotretos y hojas sueltas, resultó de todo aquello, que el sabio relacionando remotas historias con oscuras epigrafías y difíciles pasajes de autores casi desconocidos, había adquirido noticia cierta de una isla ignota, bañada por el mar Hiperbóreo, dos mil estadios más allá de las columnas de Hércules; isla barruntada apenas por los grandes geógrafos de la antigüedad; preñada de bosques amplísimos de naranjos é higueras y de viñedos; pródiga en ganados; con entrañas de plata, y costas ricas de ámbar y de perlas.

Allí había una carta terrestre donde estaba señalada por una cabra de voluminosas ubres.

—Si yo acudo a la Corte con estas noticias, y propongo una gran expedición, temo ser menospreciado, por iluso. Y si dan oídos a mis palabras temo también que la empresa no se acabara con provecho para el Rey, nuestro señor—lamentó el viejo.

—En efecto, sería temeraria tal idea; pero vuestras palabras me han sugerido una; una mía, preciosa, infalible, para la realización de la cual, yo, en el nombre de Dios, os requiero a que me prestéis aquestos documentos de aquí a mañana: y, ó soy tres veces mentecato, o sacaremos de ello grandes novedades.

Y el viejo, cándoro como una doncella, se dejó convencer de tan ruin invención; y el mancebo marchó a la Corte, manifestó los papiros, rutas y pormenores; suspendió los ánimos, levantó las esperanzas y logró acomodarse de lo necesario para armar una galera que en pocos días, y con viento favorable, puso a los aventureros enviados del rey cenceño, en las mismas costas que habían ido a buscar. Sin trabajo alguno, porque los indígenas eran de condición sumisa, atiborraron el barco de riquezas. Y de allí a poco, el mozo atolondrado, mer-

ced a la superchería, era gobernador de la isla primero, y después primer ministro del reino y pasmo del mundo todo.

Conocido esto del sabio, aunque tal era se dejó llevar de la cólera y pensó acudir al Rey pidiendo justicia.

Una mañana llegaba al palacio real casi sin aliento, en ocasión que el Rey daba audiencia. Fué recibido en antesala por el primer ministro. El bellaco mozalvete arrugó las cejas, dió dos pasos atrás, se llevó la mano hueca a la frente como ayudándose a ver mejor e iluminado de una sonrisa, prorrumpió en saluciones:

—Hola, hola, el buen viejo, vecino y amigo mío. Ved, que aun elevado en estas alturas todavía guardo memoria de vos. Tesorero del reino, mandad que le den al punto unos reales con que se vuelva cómodamente a la aldea. Abrazad. buen viejo de mi parte, al mesonero, al escudero del conde y al hidalgo remendado; componed una leyenda latina del modo belio que vos sabeis, para un retrato que pienso de hacerme, en memoria del felice hallazgo de la isla rica, e id a Dios, que habemos otros prolijos negocios en qué entender esta mañana.

Y el pobre sabio, sin saber cómo, se vió a las puertas del palacio, perplejo, atónito, estupefacto; pero acabó por regocijarse en su alma, de la liberalidad y llaneza del preclaro ministro.

JOSÉ BALLERTER.

## Baquero humanista (1)

El que leyere las cartas filológicas del célebre y olvidado murciano Francisco Cascales, encontrará en la 3.<sup>a</sup> de ellas (década 3.<sup>a</sup>) dirigida al Licenciado Juan Aguilar, maestro de humanidades en Antequera, lo siguiente:

(1) Leído por su autor en el homenaje dedicado á la memoria de Baquero, por el Círculo de Bellas Artes.

«La Gramática, al principio es pigmea y después filistea; al principio se humilla, después se encumbra sobre el mayor Olimpo; al principio declina, conjuga y construye; después busca la elegancia, la frase de oro, la figura, el trope, la imitación del griego y del hebreo, el concepto, la grandeza, el arte, la fábula, la historia... da vuelta á todas las artes y á todas las ciencias y curiosidades divinas y humanas, sino de espacio y deteniéndose años en cada una, á lo menos como caminante curioso, que por donde pasa no deja nada por ver, entregándolo á la pluma y de la pluma á la memoria»...

Este concepto, tan gallardamente expuesto, y que no es una definición de la gramática, sino de las humanidades, tal como se entendían en el siglo de oro, es, á juicio mio, el que mejor puede aplicarse á la personalidad literaria de aquel varón de ciencia y prudencia á quien lloran hoy las letras murcianas, el inolvidable maestro don Andrés Baquero Almansa.

Será inútil buscar una confesión ó declaración categórica, en quien por modestia y buen tono, era muy enemigo de ciertas profesiones de fé; pero bastará para convencerse de ello, leer detenidamente sus obras; solamente los prólogos, casi siempre magistrales, los comentarios eruditos, las notas y observaciones agudas, el dejo de ligera melancolía con que se expresa al hablar de los estudios antiguos, y hasta el modo de abordar y desarrollar ciertos temas de su predilección, prueban sobradamente este aserto. Los que le conocieron personalmente no dudarán jamás.

El latín y la retórica fueron sus dos grandes aficiones aun antes de abandonar las aulas escolapias. Creía que ambas disciplinas eran los cimientos de la antigüedad clásica, la base indispensable para toda carrera literaria, y que para aquellos que siguen otros derroteros en la vida constituyen un elemento auxiliar, un principio de buen gusto que les distingue «del vulgo romancista». Pocos días antes de morir, le oía yo defender esta opinión con la dureza y agresividad que ponen los viejos en aquello que han amado toda su vida...

A esta generosa ilusión, respondió, en si mismo, el hecho de dar á la estampa, en colaboración con su compañero don Antonio Escartín y Lacasa, la «Pequeña colección de clásicos latinos», hecha con un criterio no ya meramente filológico sino literario también, que atendiese

á la pureza y corrección de los textos, pero adunando la belleza artística. Don Andrés, que era un humanista á estilo de su maestro Camus, cuyas ideas profesaba en lo referente al conocimiento de las lenguas y que solo quería ofrecer á los alumnos la flor de aquella alma literaria, necesitó desplegar toda su habilidad y energía para tener á raya á su colaborador que era un gramático á secas.

Y por esta orientación suspiraba en el «Discurso inaugural de la Universidad de Murcia» (la más bella obra literaria que brotó de su castiza pluma), al hablar de la segunda enseñanza, que representa con valor sustantivo, el grado de instrucción necesario á todo ciudadano, *en cuanto hombre*, sin distinción de profesiones, razón por la que aquellos estudios se habían llamado siempre *humanidades*, ilustración general que servía para graduar el nivel medio de la cultura de un país.

Lo que hay es que aquellas varias y aún opuestas aficiones del maestro, que él comparaba poéticamente con uno de esos ramos cubiertos de cristales de sal, donde la luz se irisa y descompone en mil cambiantes maravillosos, tuvieron en sus mocedades una inclinación preponderante y que perseveró toda su vida, hácia las Bellas Artes. Fué esta nueva dirección, obra del hombre que mayor influencia ejerció en la formación espiritual de don Andrés, el insigne pintor murciano don Germán Hernández-Amóres, á quien Baquero profesaba una admiración sin límites y un cariño filial. En el taller de este gran artista (y en otros que frecuentó mucho por aquella época) aprendió prácticamente, *de visu*, lo que luego contrastaba teóricamente en la cátedra del sabio y venerable don Francisco Fernández y González.

A partir de esta época, las Bellas Artes fueron el entusiasmo de su juventud, y el remanso donde ya en la vejez se aplacía el alma candida, generosa y un poco desalentada del maestro. Fruto, y de perenne fragancia, fueron los artículos publicados anónimamente, ó con el pseudónimo de Macias Cóque, en la «Gaceta Universal de Madrid», las «Visitas de confianza á la Exposición de Bellas Artes de 1881», libro que alcanzó los honores de dos ediciones agotadas rápidamente, y el magnífico estudio sobre «Los Profesores de las Bellas Artes Murcianas».

Más que como literato y bibliófilo, más que

como arqueólogo (estudio que en él fué circunstancial) brilla Baquero como crítico de Bellas Artes, en lo que rayó á mayor altura que otros que han gozado de resonante fama. Y este título, solo reconocido hoy por algunos, se lo discernirá la posteridad cuando el tiempo ejerza su acción purificadora, y un espíritu ecuaníme, sin tendencias á la fabulación, libre de la ficción sentimental y del coeficiente de hipérbole que padecemos los contemporáneos (sin mentar otras bajas pasioncillas), aquilate y depure los grandes méritos del inolvidable maestro.

A este desconocido, que en lo personal hará una obra de imaginación, habrá que advertirle a través del tiempo la observación de Schiller de que en la percepción estética hay como un saludo entre dos espíritus. Y que este profesor murciano, este hombre de apariencia vulgar, que tenía en su corazón junto a la alegría infantil, el *contemptu mundi* de un desengañado, vivió en esa forma de comunión espiritual con cuantas cosas bellas y nobles puso la Naturaleza ante sus ojos. No era como los antiguos sensualistas ni como los modernos humoristas, que aceptan como base de juicio el gusto particular, haciendo consistir la emoción estética en sensaciones. El creía que la belleza de las cosas y su apreciación, eran cuestiones de una superior organización humana y de una alta metafísica.

Ruiz-funes, á quien Baquero amaba como á un hijo de su espíritu; podría hacer, una gran semblanza.

Los discípulos, en general, podrán cooperar á la fama póstuma de don Andrés, fijando y consignando aquello que por pertenecer al mundo de los recuerdos y del sentimiento rápidamente se borra de la memoria de las gentes, aún lo que parece que fueron defectos ó genialidades, y sin embargo dan un alto relieve á su figura, por ejemplo, su ojeriza á la moderna pedagogía... «Corren, decía, vientos contrarios para los libros de texto... pero mucho más hoy, que la novísima pedagogía (también en la pedagogía hay su modernismo) quiere abrir las ostras por medio de la persuasión»... Oid lo que dice á este propósito el último de los grandes humanistas franceses: «recibí mi educación en un modesto colegio de excelentes sacerdotes, que me enseñaron el latín á la manera antigua (que era la buena) es decir con libros de texto elementales, detestables, sin método, casi sin

gramática, como lo aprendieron en los siglos XV y XVI Erasmo y los humanistas que mejor lo han sabido desde la antigüedad. Sin nada de esto que ahora se llama pedagogía, aquellos dignos eclesiásticos practicaban la primera regla de educación, que consiste en no facilitar demasiado los ejercicios cuya finalidad está en la dificultad vencida». Ya veis señores, que no eran cosas de don Andrés, solamente.

Lo que no discutira nadie, ni ahora, ni luego, es su amor á Murcia, su ardiente patriotismo, su *murcianismo*, si se quiere rebajar un poco, como él decía, la dignidad enfática de aquel otro vocablo. Lo había cimentado en su temperamento, tomando como lema una frase de Séneca con que encabeza su «Estudio sobre la literatura murciana», publicado en 1877, y que treinta y seis años después, repetía en el Prologo de «Los Artistas Murcianos»: «Ama el hombre á su patria, no por que es grande, sino porque es suya».

Todos sabéis que en la serie de los primitivos pobladores de Murcia, figuran los egipcios, que dejaron aquí, entre otros mil rasgos de formación psicológica por herencia, el culto á los muertos. Tal vez por una influencia ancestral, muy remota ó por debilidad me inclinó, acaso con demasiada frecuencia, hacia esta forma admirativa del pasado. En el Museo Arqueológico de Murcia, cerca de mi mesa de trabajo, está el busto de Baquero. La obra de Planes representa al maestro con aquella expresión de noble, austera serenidad, casi hierática, que tenía en su lecho de muerte; á veces la luz suavizando la dureza de las líneas, ó acentuando la zona sombría, parece que dá vida á la piedra inerte. Yo evoco entonces aquel pasado de sencillez y dignidad; aquel saber modesto, que irradiaban sin estridencias, callada y mansamente, como el aura de que habla el poeta, recuerdo cómo la muerte, de quien él esperaba tréguas para terminar su obra le desoyó y cortó a deshora y en seco, como él temía, el hilo de su existencia... «inimet et tacito clam venit illa pede»... (Ella nos está amenazando y se nos viene en secreto con silencioso paso), y me parece que los labios del inolvidable amigo murmuran las palabras de la mística doctora:

Quien á Dios tiene nada le falta  
solo Dios aasta.

JOAQUÍN BAGUENA.

---

# INTERIOR



## CALMA DE MAETERLINCKO

La alquería reposa sobre el campo callado;  
en el camino ladran los perros a la luna.  
El reloj de la iglesia del lugar ha sonado  
con larga campanada vibradora. La una.

En la sombría estancia donde la mortecina  
claridad de la lámpara la velada consuela,  
junto a la nieta enferma, con tesón de heroína  
está ya muchas noches sin descanso la abuela.

El vendaval que azota con furia los cristales  
mueve las aspas rotas de un lejano molino.  
Oye la vieja como se quiebran los rosales....  
Se acerca a la ventana... Nadie cruza el camino.

La soledad la invade de estupor y de miedo;  
pavoroso silencio llena toda la estancia;  
el gran reloj de caja de pared dá muy quedo  
un sonido metálico de larga resonancia.

Desde el lecho suspira la nieta:--Tengo frío—  
y la abuela llegando hasta ella anhelante  
le sube los embozos.... la pulsa... Algo sombrío  
dijérase que tiene la niña en el semblante.

Éstá pálida, débil, fatalmente extenuada,  
consumida en el fuego de la anemia inclemente:  
y con la calentura, su cárdena mirada  
brilla bajo la mustia camelia de su frente.

—¿Qué te pasa, hija mía?—le pregunta afanosa  
sintiendo que sus ojos las lágrimas arrasan.  
—Nada—dice la niña con palabra mimosa  
mientras mira en la fiebre los fantasmas que pasan.

Poco después exclama:—¡Qué ruido hace el viento!  
Esta noche, abuelita, tengo extraños temores:

mira, mientras me duermo relátame algún cuento  
de esos donde los príncipes se visten de pastores.—

La cariñosa abuela sonrie. Su cabeza  
blanca como la nieve quédase pensativa...  
Después de unos instantes dice:—Mi cuento empieza.  
•Érase que se era una princesa altiva.

«Su rostro era la obra más fina y acabada  
que Dios pudo donarle a humana criatura.  
Fue tan bella...» La vieja se detiene inmutada.  
Parece que en la puerta sonó la cerradura.

Ilusión fue el ruido... Y prosigue su cuento.  
...«que no hubo quien la viera sin encantado asombro».  
Otra vez la conseja interrumpe al momento.  
¡Una mano invisible la ha tocado en el hombro!

Muy cierta se halla de ello; el terror la enmudece.  
La lámpara refleja trémula y vacilante.  
En la penumbra todo se transfigura y crece....  
¡Hasta el reloj detiene su tic-tac incesante!

La luna, en el ventano, sus fulgores de plata  
tiende como un sudario de luz en los cristales.  
El agua de la presa finge una serenata  
y el viento barre en olas inmensas los trigales.

Misteriosos y extraños temores presentidos  
flotan en el espanto de la noche sombría.  
Los perros, pertinaces, con sus largos aullidos  
rasgan el pavoroso silencio en la alquería.

La llama de la lámpara se extingue temblorosa.  
Queda la vieja muda, petrificada, yerta...  
Después se acerca al lecho; inquiere temerosa...  
La niña, sonriendo, está inmóvil... ¡y muerta!

ANDRÉS BOLARIN.

# REGIONALISMO



CUANDO acaeció nuestro desastre nacional de 1898, hacía más de dos siglos que vivíamos los españoles en dependencia espiritual del extranjero. Una vez se manifestó en el cesarismo galicano, que representa el advenimiento borbónico: otra vez, cien años más tarde, vino impulsada por la ola del jacobinismo revolucionario.

El movimiento de regeneración que se produjo á raíz de aquel desastre, se revistió de aspectos principalmente culturales y pedagógicos. Y se manifestaron dos tendencias. La de aquellos que consideran como una gran cosa, el poseer una literatura propia y una cultura peculiar, saturadas de sales naturales y nativas, estimuladoras de una fertilidad de ingenio que sea reflejo de la del territorio, ciertamente privilegiado, en que vivimos: y la de aquellos otros asimilistas que quisieron emular la equivocación de los legisladores de Cádiz, sin pensar que las abdicaciones del carácter se retribuyen siempre con la paga del desdén.

Estos últimos lanzaron á la circulación nacional la fórmula del *européismo* en que parecieron cristalizar la filosofía del desastre. De este modo nos impulsaban, no á llevar nuestros dolores con la elegancia y la soltura que aconsejó Shakespeare por medio de uno de sus personajes, sino al renunciamiento de la propia existencia colectiva, trasportando á España el *rastacuerismo* americano que hacía temer al ilustre cronista Oliver que nos convirtiéramos los españoles en los *isidros del mundo*.

Las regeneraciones nacionales ni en el orden social general, ni en el aspecto literario se consiguen mediante la ruptura violenta con la tradición, ni con recibir solamente aires de fuera: por que hasta ahora son los sentimientos nacionales, son los impulsos de la raza, manifestados más inmediatamente en las regiones, los que produjeron las grandes civilizaciones y las potentes operaciones del espíritu.

Los movimientos vagos y sentimentales del amor á la humanidad, sin concretarlo en parte alguna, suelen no pasar de declamaciones sin sustancia: por que cuando llega el momento de traducir las palabras á la conducta, de aplicar los principios generales, los postulados y los alegatos en pro de la benevolencia universal, una nueva intolerancia geográfica y revolucionaria, impone sus direcciones *biológicas* con la misma fuerza que los sarracenos cuando esgrimían las cimitarras, ó los conquistadores españoles cuando civilizábamos la América descubierta.

De aquí se infiere cuán descaminado es pretender que nuestra nación recobre su poder por medio de la acción exterior. Aunque la conciencia colectiva no se muestre tan clara como la de un individuo, puede existir y obrar en actos colectivos que aparecen concentrados en un corto número de inteligencias. La originalidad, á veces, no es otra cosa que la interpretación afortunada de lo que la sociedad siente sin acertar á darle exacta expresión. Y cuando el pensamiento de una nación se muestra débil e impreciso, hay que estimular su manifestación, antes de entregarse á esa posición grotesca y humillante de adoración á lo extranjero.

Mirémonos por dentro nosotros mismos. Desde hace mucho tiempo todo ideologismo toda locura utópica, toda aberración ó extravío del espíritu, venidos de fuera, tuvieron repercusión en nuestras costumbres y en nuestras leyes: desde lo que Bourget llamó el *error latino*, la centralización opresora, hasta el bloque anticlerical, no hubo blasfemia que aquí no tuviera eco, ni delirio de filosofante que no haya sido preconizado, ni novelaría de pensador que no haya sido importada para destruir ó dislocar el organismo tradicional de la nacionalidad española y lograr darle más adecuada consistencia. Se ha realizado una obra de fuera adentro, una serie de importaciones sin aclimatación previa, que se ostentan en las vitrinas de nuestra literatura y nuestras leyes como ejemplares disecados que murieron de afixia: y sin embargo esas importaciones fueron el encanto de aquellos nuestros progenitores del pasado siglo que desdeñaron la entraña

nacional, la verdadera economía de nuestro pueblo, para alcanzar mediante una política verbalista y teorizante, el progreso doctrinario. Nos veían que al mismo tiempo que á nosotros nos conducían á una revolución abstracta, sin vitalidad ni resultado, en el mundo se forjaban la restauración alemana y el renacimiento japonés, fundados no en la idolatría de unos principios, septembrinos ó de cualquiera otro mes, inflexibles, idealistas y románticos, sino en un concepto sustantivo del progreso, capaz de hacer una revolución de cultura, vital y salvadora, en los destinos de un pueblo.

Por fortuna se inicia en todas partes la reversión hacia nosotros mismos, la tendencia á aprovechar en empresas de engrandecimiento nacional la fuerza de aquel inmenso torrente de sentimiento y de pasión, de pensamiento y de sutileza de la filosofía, de la mística, de la historia, del teatro y de las literaturas regionales de nuestro país.

Nuestra región camina también anhelosa hacia esa tendencia. Entre nosotros se habla mucho de amor á nuestra tierra y nuestras cosas. Pero esto no es verdad más que á medias. Cierto que aquí hemos sentido un gran apego á lo nuestro, pero no con aquella fuerza irresistible de *universalización* que impulsa á otras regiones á salir de su recinto y difundir su esencia. Nuestras costumbres, nuestras instituciones, nuestra literatura, nuestras obras de arte, se han mantenido inmóviles, sin ideal intensivo, envueltas en un ambiente retraído y casero: y los pueblos que viven meramente á la defensiva concluyen por ser conquistados y se disuelven en los pliegues grises de la uniformidad. La defensa de la personalidad de nuestro sano y fecundo regionalismo ha de consistir en extender, en invadir, en penetrar, en aspirar á una superioridad activa y militante...

EMILIO DIEZ DE REVENGA.



## José Pascual y Valls

I.

Puede ocurrir que el nombre que encabeza este artículo sugiera a pocos lectores algún vivo recuerdo; y es que la personalidad artística del pintor murciano José Pascual es muy fragmentariamente conocida por la índole misma de su obra, poco abundante a la vez. Por otra parte la vida de Pascual fué una de esas vidas exteriormente llanas y grises, sin estridencias ni sonoridades de éxitos; viólas en las que acaso el dolor puso su huella, para sublimarlas, dotándolas de una serena y tranquila paz interior.

Nacido Pascual en nuestra ciudad—1820 (\*)—tuvo su iniciación en las artes del dibujo en las clases de la Sociedad Económica, á las que asistió con aprovechamiento, obteniendo varios premios en sus concursos de dibujos y grabados. Ante la imposibilidad de hacerse arquitecto, como era su deseo, por la organización dada por entonces a esta carrera, al crear la Escuela Central de Arquitectura, obedeciendo a sugerencias de su condiscipulo y fraternal amigo Germán Hernandez, se decidió por el arte de Rafael. Fué a Madrid y en la R. Academia continuó sus estudios bajo la dirección de don Federico Madrazo. Después, disfrutando una pensión modesta de la Diputación—creada para él—estuvo en París cuatro años. Allí tuvo por maestro a Picóu y cultivó la amistad del gran dibujante Ingres, el cual había formado un lisonjero juicio de sus condiciones. Prontamente vióse solicitado por editores y litógrafos y dícese que se le encargaban obras que después firmaban eminencias del Arte. Pero este camino de éxito que se abría ante él, aún no comenzado, se interrumpió inopinadamente; después de una corta estancia en Madrid volvió á Murcia para no salir ya de ella. Aquí le nombraron director de las clases de nuestra Academia y con su pequeño sueldo y con los ingresos que le proporcionaban algunas obras de en-

(\*) V. Baquero—«Los profesores de las Bellas Artes, murcianos.» Pag. 309.



cargo, pasó estrechamente la última década de su vida. Por este tiempo pintó el techo del nuevo Teatro, que se inauguró en 1862, y para realizar esta obra «obtuvo del Ayuntamiento que le cediese el salón del Contraste; después siguió viviendo solo allí; y allí en el ángulo del N. E., hecho alcoba por medio de un biombo, falleció el 7 de Mayo de 1866.» Su último deseo es el rasgo que define el carácter de Pascual y resume aquella su vida de renunciación, impregnada de melancolía: encargó muy expresaamente á sus amigos que «le enterrasen en la fosa común, sin poner la menor señal que indicase el paradero de sus restos mortales»...

Fué Pascual un murciano más de los robados; a la celebridad y a la altura por la atracción fascinadora y letal de esta tierra dormida al amparo de la Torre y por el coeficiente—más bien determinación—del carácter. Su espíritu apocado, descentrado en la gran ciudad de Francia, sentiría la nostalgia de los eternos verdores de la Huerta y de los atardeceres tibios y perfumados. llenos de encanto, de su patria. Sin condiciones además «para alternar con la bohemia artística—como dice Castro y Serrano (\*)—el dibujante murciano principió a consumirse entre sus profundos pensamientos».....Pascual era un hombre bueno, sencillo y cordial, no era hombre de presa y despreciando la fama reñida se volvió entre los suyos, arrinconándose aquí al calor de la consideración simpática de sus amigos y paisanos. Con ello, seguramente, tronchó sus alas....

La obra de este artista es toda ella incompleta, como si su autor no hubiese acabado de formarse. Únicamente el techo del Teatro fué como un destello. Pueden distinguirse en la misma dos aspectos: el del pintor y el del dibujante; éste desde luego superior á aquel.

El Pintor.—Indudablemente el escaso mérito de Pascual como pintor, responde a falta de condiciones para interpretar la luz, policromada en la superficie de los objetos; su temperamento artístico le conducía más bien a buscar la gracia de la línea compuesta artificioosamente, aunque sin rebuscamiento ni dificultad. Su exigua labor pictórica y la

naturaleza de ella, nos habla de esta falta de aptitud para brillar en tal esfera artística y acaso un desvío hacia la misma, influido quizás por las teorías de su amigo Germán Hernández, quien a pesar de todo, era un colorista á su manera. Son dignas de ser reproducidas; decia este pintor: (\*) «La forma es la reveladora de todos los objetos de la naturaleza y del significado de dichos objetos. El color es el resultado de una propiedad de la materia, que por sí sola nada nos revelaría. Así, que tengo por cierto que la forma tiene la supremacía sobre el color en las bellas artes.»

«El gesto, en los seres animados, constituye la expresión, cualidad esencial en la obra de arte. La escultura nos demuestra que puede manifestarse la expresión sin el auxilio de los colores.»

«La luz, compuesta ó descompuesta por el prisma, no es susceptible de revelarnos ninguna afección humana. Podrá causarnos una sensación más o menos agradable, pero indeterminada. En la pintura la armonía de los colores juega un papel importante; produce una sensación agradable, puramente fisiológica, inconsciente; de aquí que tenga tantos adeptos. La forma es otra cosa: se dirige á la inteligencia, y por esta razón está en minoría.»

Sea, pues, por hallarse influido de este criterio tan sugestivo—y tan irónico—y descuidar el estudio del color, sea por ingénita predisposición artística, es lo cierto que la paleta de Pascual es a veces sorda y fría y á veces de tonos ágrios y disonantes; sin embargo en alguno de sus cuadros se hallan trozos de valor estimable.

De la labor de este artista, nos quedan, como obras de mayor empeño, un cuadro histórico que tiene por asunto «la entrega de la Murcia mora al príncipe don Alfonso el Sabio», el cual se halla en el Museo de la Trinidad y el alegórico de «Belluga y sus pias fundaciones» que se encuentra en la Diputación.

El del Museo es un cuadro extraño que no parece de este autor; desde luego sorprende su colorido frío y desentonado; tal vez por hallarse sin terminar. La composición sin

(\*) «Cuadros contemporáneos». Pag. 240.

(\*) Baquero. Ob. cit. pag. 200.

ser desgraciada, carece del empaque que el asunto requiere, por estar concebida con poca grandeza. El dibujo es seguro, sí, pero sin la elegancia en él acostumbrada; acaso el exceso de naturalidad y el minucioso plegado de los ropajes, da a la obra un aire de nimiedad y prosaísmo que desencanta. Con todo, cada figura de por sí, y especialmente las cabezas de los *moros*, producen la impresión de haber sido estudiadas detenidamente.

El cuadro de «Belluga...» hecho antes de su estancia en París, significa un atrevimiento de pintor dada la dificultad de armonizar las rojas vestimentas del Cardenal con las carnes enfermizas, pálidas por la fiebre, de las figuras que le rodean. Sin embargo, lo que pudo ser un alarde, es solo un estimable intento. La figura de Belluga tiene una noble prestancia y parece revelarse en ella la efusiva piedad de que dió constantes pruebas aquel hombre de gran inteligencia y recia voluntad. El dibujo en general es bastante endeble. En cuanto a la composición es ponderada y digna.

La obra grande de Pascual, la obra en que rayó á mayor altura, fué el techo del Teatro nuevo (después Romea). Don Andrés Baquero, no regateándole ciertamente los elogios, lo describe así en su citado libro: «El techo era verdaderamente hermoso: de estilo pompeyano, el colorido ágrío, la parte fiaca de Pascual, en el conjunto resultaba de una importancia secundaria, encantando los ojos y el espíritu aquella pureza clásica del dibujo, aquella suprema elegancia de la composición de las figuras, de todos los detalles. Diez pilastras, adornadas con grutescos, arrancaban de sendos pedestales apoyados sobre la cornisa general, y convergían hacia el rosetón de la lucerna, dividiendo el techo en otros tantos compartimientos, los cuales cerraban diez *paneaux*, con las figuras del divino Apolo y su coro de Musas. Estas figuras, compuestas y estudiadas como pudiera haberlas concebido el mismo Ingres, parecían trasportadas de frescos de la antigüe-

dad. Pues aún las superaban las estatuas sentadas de los pedestales, que fingían ser de mármol o escayola, y cuyo admirable dibujo por eso, no tenía que luchar con deficiencias del color. Los grutescos de las pilastras, rafaelinos, y los demás adornos, discretamente armonizados, contribuían á la grata impresión, de sereno idealismo, del conjunto.»

Destruído el techo por el incendio de 1877, sólo queda para formarse idea del mismo el primoroso boceto, que hoy posee don Vicente Llovera. Es por sí solo una preciosa obra de arte; con el dibujo acabado de una miniatura y la brillantez de un esmalte ó de una porcelana.

Aparte de estas obras, dejó Pascual otras de menor importancia, meros caprichos y entretenimientos de artista. Sin embargo, merecen especial mención las dos Virgencitas con el Niño en brazos (propiedad de doña Carolina Baquero) pintadas, acaso, bajo el recuerdo de Rafael, en las que el colorido tiene cierta entonación y una cabeza-retrato de mujer, bastante interesante, aunque sin terminar, propiedad de don José Fayrén. Además, en el Museo hay un retrato de la reina doña Isabel II.

Por último citaremos un cuadro que, si como obra pictórica es de muy escaso valor, tiene importancia por ser la expresión de un acerado pesimismo: representa un pollino a quien Cupido y otros amorcillos han disparado algunas flechas; el asno pone en dispersión a los ballesteros del amor puro y la emprende á coces con quien ha tenido el atrevimiento de querer enamorarle dignamente. «He querido pintar aquí — decía Pascual — al común de la gente que no tiene alma; el amor espiritual, en la tierra, es casi siempre recibido así».

Encerrarían este cuadro y estas frases alguna amarga experiencia, que hubiera de truncar y ensombrecer para siempre su vida...?

LUIS LUNA.

(Continuará)

REBUSCOS

Puerta de Belchit

ó

Puerta de la Traición

Contestando á las preguntas 1.<sup>a</sup> y 2.<sup>a</sup>  
del número 1.<sup>o</sup> de esta Revista (\*)

Así, con esta doble nominación, se señaló desde los primeros años de la Murcia cristiana la puerta de la muralla de la Moreña, que cerraba la Arrijaica por la Puerta de Noroeste.

Diaz Cassou, en cierto artículo publicado en «El Diario de Murcia» aseguraba que el apellido Belchit ó Belchid, ó Belchí (cuyo valor filológico es el mismo, á mi entender), no data de más allá de 1609, en que lo ostentó cierto escribano, propietario, sin duda, de las Eras ó Ericas en que tenía su emplazamiento aquella puerta de los moros.

No anduvo certero en esto el ilustre murcianista. El apellido Belchit que todavía, sin la t final, engastan á su nombre algunos apreciables espinarderos, tiene un abolengo tan alto como el de Saurín, Riquelme, Jofré y otros dignamente lapidarios.

(\*) Dejo incontestado lo referente al cántico de los chicos que dice:

«Agua, Dios,  
que se moja el caracol  
por la Puerta e la Traición».

La Musa infantil es solamente musical. La letra suele ser disparatada, casi monstruosa, pero suena bien, y eso basta.

Obsérvese cuando cantan:

Pepe, reepe,  
canilla de aceite,  
pimiento molío  
capitán de los judios.

Y cito este delicioso despropósito por que lo del pimiento molío, ya dice que el cántico es murciano neto, como el otro de la Puerta de la Traición.

Es por tanto, un dicho que no dice nada.

En la nomenclatura murciana arranca de la misma Reconquista y figura entre los esforzados aragoneses que vinieron con Don Jaime, y aquí se afincaron y arraigaron. El nombre de *Nicolau Belchit* nos lo hallamos en el Libro Becerro de la ciudad, como uno de los cuadrilleros que intervinieron en el reparto de la población y su término.

Tal vez á él le tecasen en el reparto las tales Eras ó Ericas, ó acaso las adquiriese por cambio ó venta; y esto explica la nominación de Belchit, que aparejadamente con la de la Traición, se dió á aquella puerta de la aljama musulmana.

Pero ¿y la Traición? ¿De qué hecho reprochable arranca este apelativo? ¿Qué traición fué esa?

La verdad es que no fué floja la que nos juraron los moros, á poco de someterse espontáneamente al blando yugo de San Fernando en la persona de su heredero don Alfonso.

Dueños los cristianos de la ciudad, en apacible convivencia con los moros que aquí quedaron, amparados de la enemiga de los granadinos, y gozando de relativos fueros, la paz parecía consolidada y Castilla se ufanaba de sumar este hermoso reino á su gloriosa corona.

Pero una negra noche los moros ricoteños con otros advenedizos granadinos, irrumpieron sobre los confiados habitantes de la ciudad y de ella se adueñaron, tras feroz degollina. Tal vez en la sangrienta sacudida del yugo castellano, les auxiliaran los moros aquí estadizos, franqueándoles el paso por la puerta de Belchit.

Ello motivó que don Jaime de Aragón se viera en el caso de venir en auxilio de su yerno don Alfonso, ya rey de Castilla, y ahuyentar de Murcia para siempre jamás el imperio de la Media Luna.

Me inclino, pues, á creer que ésta fué la traición perpetuada en la memoria de las gentes y con cuyo recuerdo quedó estigmatizada la histórica puerta por la cual se llevó á cabo.

¿Pudo, sin embargo, aludir este nombre á otro hecho menos importante, realizado por malos cristianos en época algo posterior?

Sí pudo, y así lo consigné, años ha, al hablar de estas viejas cosas murcianas.

Téngase esta como una conjetura secundaria, y rememorémosla por lo que tiene de castiza y pintoresca, aunque reprobable y macabra.

\*

En la última década del siglo XIV, cuando las calles de Murcia eran ensangrentadas por las luchas de banderías entre los Fajardos y Manueles, por miras de ambiciones personalísimas, sucedió que el Señor quiso castigar, sin duda, tamaña anarquía, enviando una de calenturas, de esas de ida sin vuelta, que ya se andaba por la población con licencia del sepulturero.

Claro, la higiene no estaba ni por los suelos, porque no se encontraba por parte alguna. Junto á la iglesia de San Antolín, allí á morro de la ciudad, estaba el cementerio de la Morería. Y el de la ciudad no estaba lejos tampoco. De suerte que nuestros archibuelos, llevaban la muerte en las mismísimas narices.

Por quitársela de tan encima, quizá, cierto sujeto, de oficio tejedor, y cojo por más señas, hizo una mañana junta de comadres, en lo que se llamaba entonces colación (barrio ó parroquia) de San Antolín y urdió la siguiente superchería: que el Santo titular había tenido á bien aparecérselo en sueños y revelarles que en el instante mismo en que desapareciese el cementerio morisco, cesaría la horrible mortandad que azotaba á los murcianos.

¡Oídos que tal oísteis! Cundió la novedad, con la velocidad de un automóvil antes de estrellarse, y en la noche de aquel día, una legión de amigachos del Cojo, con éste á la cabeza, armada de picos y azadas, cayó devastadora sobre el cementerio y no dejó muro en pié, ni signo de sepultura en orden, ni títere con cabeza.

Los moros que, espantados ante tal profanación, observaron tan macabra maniobra, comenzaron á liar el hato, cargaron de enseres caseros las acémilas y, con sus mujeres é hijos, huyeron por la Puerta de Belchit, gritando desaforados:—¡«Alah sea con nosotros! ¡Traición! ¡Traición!»

Y á la ventura salieron de la Arrijaca, huyendo de la quema, con todo el equipo.

Comentóse el suceso, al siguiente día, en los corrillos del Arenal, de la plaza del Mer-

cado, de la Puerta de Vidrieros, y allí donde era costumbre juntarse en charla. Los caballeros, jurados y homes buenos reunieronse en concejo y trataron, graves y ceji-juntos, de ese feo acaecimiento.

Primera providencia concejil: buscar dondequiera al Cojo el tejedor, marido de Rita Alfocea, para que contase lo de la aparición de San Antolín. Pero al tejedor le dió en la nariz olor á chamusquina, y se perdió, sin decir á su mujer: ¡Ya vuelvo! Segunda providencia: que una vez cogido se le metiera en la mazmorra, sin perjuicio de explicar allí el supuesto éxtasis.

Finalmente, el cabildo concejil, acordó que, que por sí ó por no, se comprase, sin perder momento, un trozo de tierra contiguo á la muralla, cerca del sitio nombrado Palomar de Juan Gómez (donde hoy la calle del *Palomarico*) y construir el cementerio de la Morería, aprovechándose la ciudad del solar quedado por derribo del otro.

\*

No volvió á saberse nada del Cojo, ni creo que ya se averigüe, ni se ocupe de él la policía; pero en aquel concejo le fué hecha sentencia de este modo: Si lo que dice el tejedor, titulándose iluminado, resulta cierto, sea puesto en libertad; y si resultase invención, á él y á los que le aconsejaron y siguieron, que el justicia les dé penitencia.

La penitencia, me la figuro: montarlos en burro, vestidos con hábito adecuado, y arriarles quinientos ó mil azotes á calzón caído. ¡Y gracias!

Los caballeros y homes buenos publicaron un bando para atajar á los moros en su huida; y muchos, casi todos, se tornaron á sus casas, ante las seguridades que les dió la justicia, de que, á quien les dañase en adelante, «se le mataría.»

El día en que desapareció el cementerio, la epidemia comenzó á decrecer, y las gentes buscaban al Cojo para bendecir su protector influjo con San Antolín. Pero, nada, el Cojo no dió la cara.

Hubo de echarse un nuevo pregón para que se presentase á la justicia, pero el Cojo, avisado, ó escamón, debió de decirse: ¿Y si voy y me suben al burre?... ¿Que vaya Rita?

Es decir, su mujer.

JOSÉ FRUTOS BAEZA.

# POETAS EXTRANJEROS

## NOCTURNO PROVINCIANO

(DE ALBERTO SAMAIN)

*Nació Alberto Samain en Lille, en Abril de 1858. Su vida se extinguió dulcemente una noche de Agosto de 1900 en Magny-les-Hameaux, adonde le llevó la amistad, en la esperanza de que el aire puro de los campos reanimara la preciosa vida que ya la muerte reclamaba. Hasta 1890 no ofrece su vida un verdadero interés literario: fué en el «Mercurio de Francia», que fundó con varios poetas jóvenes de su época, donde se dió a conocer. A insistentes ruegos de sus amigos consintió publicar en 1893 un volumen con sus poesías preferidas «Au jardin de l'Infante». Un artículo en «Le Journal» de Francisco Copée revelando al público el nuevo poeta—a quien personalmente desconocía—le dió celebridad. En 1898 apareció su libro, tan perfecto, «Au flanc du vase». Ya enfermo, en el estio de 1899, escribió su admirable drama en versos «Poliphème», y muerto el poeta vieron la luz un volumen de cuentos, titulado sencillamente «Contes» y un libro de poesías «Le chariot d'or» que contiene poemas maravillosos.*

*Su biógrafo León Bocquet nos dice: «Samain ha cantado con una voz pura, grave y confidencial, donde persiste un lejano sollozo». «Todo lo que se adivina, se sugiere, pero apenas se expresa, los ardores vagos, los desfallecimientos, los horizontes brumosos de nuestros sueños, los divinos crepúsculos del corazón, la emoción oscura de la soledad, la inquietud de las horas meditativas, todo lo que sentimos en algunos minutos excelsos afluir de las almas hacia nuestros sentidos. Samain ha sabido hacerlo perceptible e insinuar en nosotros lo desconocido y lo misterioso que encerraban»*

*Amemos en España a este divino poeta de la dulce Francia.*

La pequeña ciudad silenciosa  
en la noche profunda reposa.

Un alumbrado pobre, da sus tristes reflejos  
y agoniza en los brazos de los faroles viejos:  
más de pronto la luna sus cendales desara  
y enciende de luz tibia los cristales de plata  
de las blancas viviendas que piérdense á lo lejos.

La noche tibia aún guarda resplandores inciertos,  
y se extiende a lo largo de los castaños yertos;

todo es negro en los barrios antiguos y desiertos...  
Alma mía, reposa sobre este viejo puente  
y aspira los aromas del río, dulcemente.

El silencio es tan grande que el corazón se apena,  
solo vibran mis pasos en la noche serena...  
Se acentúa el silencio; la media noche suena.

Resbalando a lo largo del muro de un convento  
a las dormidas hojas susurrar hace el viento.  
Huérfanas... Pensionarias... Sobre las pelerinas  
las cintas azulinas...  
Es un bello jardín de lindas Ursulinas.

A través de las rejas una brisa tranquila  
se desliza con lenta suavidad de suspiro,  
y la estrella solemne, que allá lejos titila,  
parece, entre las chozas, una luz de zafiro.

¡Oh las vírgenes pura de sueños cristalinos,  
en sus blancas alcobas, bajo el pálido techo  
con los escapularios en sus cuellos perlinos  
y los cuerpos sin mácula en el albor del lecho!  
Aquí es la vida igual a una hora repetida,  
y la inocencia duerme al borde de la vida...

Bajo el claror eléctrico del limpio firmamento  
la gran plaza vetusta  
alinea los hoteles viejos del Parlamento.  
Hay una paz augusta.

En una esquina hay una ventana con luz mansa;  
—Una lámpara que arde cuando todo descansa!  
Bajo la muselina que su llama tapiza  
una furtiva sombra de mujer se desliza...  
Se entreabre la ventana; la dama misteriosa  
al aire azul extiende sus dos brazos de diosa.

¡Oh noches provincianas; ardores escondidos  
corazones ardientes, cabellos despeinados,  
tibios senos por manos pálidas macerados  
y llamamientos cálidos que no fueron oídos!

¡Yo os evoco a vosotras, amantes ignoradas,  
cuya carne consume una pasión baldía;  
que sobre vuestros cuerpos llorais desesperadas,  
que hechas para el amor y por él devoradas,  
dormireis en la tumba vírgenes todavía...!

Y mi almá peusativa, en la p'aza desierta  
mira aquella ventana y aquella luz incierta...  
Un hálito de viento mueve la muselina:  
la lámpara se apaga; ni un alma se adivina.  
Da la una.  
Ni un alma. Ninguna...

FRANCISCO FRUTOS RODRIGUEZ.

## LIBROS NUEVOS

ALCAZAR, Cayetano.: «La juerga de la Estudiantina» (Libros, Patronas, Aulas y...) Prólogo de Unamuno. Madrid.—Est. Tip. La Itálica, 1916.—1 peseta.

El señor Alcázar nos ha hecho la merced de dedicarnos un ejemplar de su libro, que agradecemos. Entre donosas burlas y sabrosas ironías ataca el problema pedagógico de España. Señalar los vicios de nuestra organización universitaria es, siquiera inicialmente, procurar su remedio. Los estudiantes son objeto por parte del autor, que comprende que la censura unilateral sería injusta, de muy serias arremetidas, y todo adobado con mucho ingenio. El señor Alcázar, con una risa un poco amarga, pone, al margen de nuestros tradicionales defectos pedagógicos, su glosa burlesca y luego, muy en serio, porque la cosa lo merece, hace expresión, con noble entusiasmo, de todos los adelantos de este orden que debieran implantarse en España. El libro lleva un prólogo de Unamuno, donde don Miguel se despacha a su gusto.

### HISTORIA Y CRÍTICA

AZORIN.—«Parlamentarismo español» (1904-1916) 1.ª edición.—Biblioteca Calleja.—Casa editorial Calleja.—Madrid, 1916.—3'50 pesetas.

URDANETA, Rafael.: Memorias del General Rafael Urdaneta». (General Jefe y encargado del Gobierno de la Gran Colombia). Prólogo de R. Blanco Fombona.—Biblioteca Ayacucho.—Editorial América. Madrid.—7'50 pesetas.

UNAMUNO, Miguel «Ensayos»—Tomo III.—

Publicaciones de la Residencia de Estudiantes  
Serie II. Volumen 9.—Madrid, 1916.—3 pesetas.

### NOVELA

BARRILL, A. G.: «Como un sueño».—Traducción española de Pedro Pedraza y Paez. Biblioteca Sopena, Barcelona.—Cartoné 1 peseta. Encuadernado en tela 1'25 pesetas.

CASTELLO BRANCO, Camilo.: «La Inclusura».—Versión castellana de Enrique Amado. Renacimiento, Madrid, 1916.—3'50 pesetas.

FERNANDEZ DE AVELLANEDA, Alonso.: «El Ingenioso Hidalgo don Quijote de la Mancha».—Biblioteca Sopena. Barcelona.—Cartoné, 1 peseta. Encuadernado en tela, 1'50 pesetas.

FLETCHER, J. S.: «Los lobos y el cordero».—Versión española de Gregorio Lafuerza.—Biblioteca Sopena, Barcelona.—Cartoné, 1 peseta. Encuadernado en tela, 1'50 pesetas.

FRANCÉS, José.: «El misterio del Kursaal».—Madrid. Renacimiento, 1916.—3'50 pesetas.

LEROUX, Gastón.: «Rouletabilie en Rusia» (Rouletabilie chez le Tsar). Traducción de Eduardo Garcia Bote.—Biblioteca Calleja, Madrid, 1916.—Encuadernado en tela, 3 pesetas.

MIRABENT VILLAPLANA, F.: «El Camino azul».—2.ª edición. Editorial Cervantes, Valencia.—3 pesetas.

OCANTOS, Carlos Maria.: «León Zaldívar».—Biblioteca Sopena, Barcelona.—Cartoné 1 peseta. Encuadernado en tela 1'50 id.

POCATERRA, José Rafael.: «Vidas obscuras».—Biblioteca Andrés Bello.—Editorial América. Madrid, 4 pesetas.

WILLY, Colette.: «Retiro sentimental» Versión castellana de Luis Ruiz CINTRERAS.—Renacimiento.—Madrid 1916.—3'50 ptas.

YSCAR PEYRA, Fernando.: «Los Peleles». Prólogo de Miguel de Unamuno.—Establecimiento tipográfico de la Calatrava.—Salamanca 1916.—2 pesetas.

### POESÍA

ENCINA, Juan del.: «Villancicos».—Biblioteca Corona.—Libros de Horas.—Decorado por Argel Vivanco.—Blass y C.<sup>ª</sup>, Madrid, 1916.

G. CHICANO, Eduardo.: «Eróticas y sentimentales».—Biblioteca «Studium».—Viuda de Montero. Valladolid, 1916.—3 pesetas.

WEYLER, Fernando.: «Cavatinas». Ilustraciones de F. Pérez Dolz.—Renacimiento.—Madrid, 1916.—5 pesetas.

### TEATRO

IBSEN, Henrik.: «Teatro completo». Tomo III (La Comedia del Amor. Los pretendientes de la corona). Traducción castellana de Pedro Pellicena.—Sociedad española de Librería. Madrid.—3'50 pesetas.

### VARIOS

CASANOVA, Sofía.: «De la guerra».—Crónicas de Polonia y Rusia 1.<sup>ª</sup> serie.—Renacimiento Madrid, 1916.—3'50 pesetas.

EL CABALLERO AUDAZ, (José María Carretero): «El libro de los toreros» 1.<sup>ª</sup> serie.—Impresiones de lectura de José Francés.—Imprenta Renacimiento, Madrid.—2 pesetas.

NESLIN, Doctor A.: «Lo que necesita saber el joven».—Ediciones españolas. Madrid.—2 ptas.

SAUSSAY, V.: «La ciencia del beso». Traducción española de Felipe Trigo.—Sociedad Española de Librería, Madrid.—3'50 pesetas.



## INFORMACION

### Homenaje á Baquero

En el Círculo de Bellas Artes, y en su elegante salón del Teatro Romea, tuvo lugar la velada en honor del esclarecido maestro, que anunciamos en nuestro pasado número. La nota de más relieve de ella fué la presencia y colaboración de las bellísimas señoritas Elena Roíg, María Luisa Pardo, María Casalins, Pepita Díez de Revenga, María Luisa Pérez Xambó y Caridad Bañón, que leyeron poesías de los señores Jara Carrilio, Frutos (padre e hijo), Bolarín, Soriano y Sobejano, y los ojos de la Torre, de Baquero. Leyeron trabajos en prosa nuestro Director señor García Soriano y don Joaquín Báguena. Las cuartillas notabilísimas de éste último, nuestro ilustre colaborador, las publicamos en este número, honrándonos con ello. Pronunciaron discursos los señores Cierva, Díez de Revenga, Ruiz funes, Peña, Presidente del Ateneo Escolar y el

Presidente del Círculo de Bellas Artes señor Llovera, iniciador de la velada al que corresponde, en justicia, la mayor parte del éxito en ella logrado.

### Pésame

Nuestro querido amigo el Director de esta publicación don Justo García Soriano sufre en estos momentos el dolor de la muerte de su hijo Tomasito. De todas veras participamos del sentimiento que aflige á nuestro querido amigo y á su distinguida esposa.

### Gratitud

Estamos agradecidísimos al público murciano por la generosa acogida dispensada al primer número de nuestra Revista. El afecto que se nos ha demostrado nos obliga a una cariñosa y delicada correspondencia, poniendo todas nuestras energías y caso valer al servicio de la cultura y progreso de esta región amada. Hacemos extensivas las gracias a la Prensa Murciana, sin distinción de matices, por sus palabras de saludo y aliento.